

SELECCIÓN POÉTICA

Elena Salamanca

COLEGIO DE SEÑORITAS ESPAÑOLAS VENIDAS A MENOS

I

Entre la directora y la virgen
yo no sabía a quién distinguir:
ante quién doblar la rodilla,
ante quién caer de hinojos,
ante quién besar el piso,
sentir el olor de santidad,
sentir el olor del plomo,
el olor del alcanfor,

y el olor de las rosas
que se desprende de la leche desperdiciada de la ubre de las vacas.

Entre la directora y la virgen yo no sabía distinguir,
pero la virgen era hermosa
y mi directora era redonda, no sonreía a los niños, tenía unas piernas parecidas a los
jamones
y usaba unos zapatitos diminutos
donde no cabían sus pies, y le impedían caminar.

Todos los días,
las niñas rezábamos por la directora.
Todos los días,
pedíamos a la virgen por esa hija tan suya
que había tenido a bien la caridad de construir nuestro colegio
y a obligarnos, todos los días, a rezar por ella,
por su prosperidad y su abundancia.

Cada cumpleaños de la directora,
las niñas depositábamos nuestros ahorros en un sobrecito de papel.
Cada cumpleaños de la directora,
las niñas bailábamos, decíamos poemas, recitábamos flores, loores, oraciones
y agradecíamos a Dios, infinitamente poderoso,
el haber permitido el nacimiento de nuestra directora,
que era tan caritativa y amorosa con nosotras que, para evitarnos la avaricia,
nos quitaba el sobrecito blanco donde guardábamos nuestros ahorros.

Cada fin de año,
nuestra directora viajaba a Europa,
y nosotras nos quedábamos en casa, ahorrando,
otro poquito,
porque el otro año,
con la misericordia de Dios,
nuestra directora cumplirá un año más.

II

Con la amargura de repetir una mentira
repetí cada lunes la oración a la bandera.

La amargura bajó a mi boca,
viscosa y amarilla como el pegamento,
hasta sellar mis labios.

Yo no voy a repetir más, señoritas,
no quiero masticar la flor nacional,
quiero comer al pájaro de esta tierra:
clavarle los dientes en el pecho
henchido de himnos nacionales.

Yo no voy a repetir constantemente que la bandera es la mortaja que me cubrirá en la
muerte.

Frío es el suelo,
y es la bandera
una servilleta con la que limpiaré la sangre después de devorar al pájaro.

III

Éramos unas ángeles que cantaban a la virgen.
Unas ángeles con sexo como pocas ángeles hay.
Unas ángeles con vanidad, que cantaban frente al espejo:
el espejo rebota la voz y la
devuelve a la garganta.

Yo era una ángel que cantaba a la virgen todas las mañanas de mayo
hasta que conocí el timbre de mi voz.
Las señoritas me escucharon, me sacaron del coro:
Su voz es distinta, no puede cantar en grupo.

Bien se sabe que los ángeles solo cantan reunidos, solitarios jamás tienen identidad.

Las señoritas me sacaron del coro, no volví a cantar.

Me sacaron a la vida, y no volví a cantar.

A veces,

lavo los platos y me veo en el agua que se acumula en el fondo

y canto a la pompa de jabón:

ese espejo redondo que me devuelve la voz.

IV

Cuando uno muere y sube al cielo, se convierte en niño,

decían las señoritas españolas venidas a menos en clase de religión.

Yo tenía nueve años, mi padre acababa de morir.

Entonces me acerqué a la señorita y le pregunté:

-¿Si yo muero viejita y subo al cielo volveré a ser niña?

-Sí.

-¿Y volveré a ver a mi papá?

-Sí, tu papá está en el cielo.

-¿Pero mi papá será un niño?

-Sí

-¿Y yo seré niña?

-Sí.

-Pero yo no lo conocí niño, ¿no lo voy a reconocer?

La señorita se quedó callada.

Después dijo:

-Cuando subimos al cielo, nos convertimos en niños.

Y yo insistí:

-¿Entonces no voy a volver a ver a mi papá?

La señorita no supo responder.

V

Mis compañeritas decían que la virgen del patio del colegio:

hablaba,

lloraba.

Las veía.

La Virgen lloraba y hablaba con cada una de ellas durante los recreos.

Ella volvía sus misericordiosos ojos

y pedía lo que piden todas las vírgenes:
flores y oraciones por la paz mundial.

Yo me paraba frente a ella y esperaba:
una palabra,
un balbuceo,
al menos un pestañazo.

La virgen seguía
inmisericordemente de madera.
Jamás me miró:

Me creí mala.

GALERÍA DE HÉROES NACIONALES

I

Soy una reina de belleza
y tengo las tetas hinchadas de leche:
Mis pezones son vastos
para alimentar a las generaciones
nacidas y por matarse.

Un reportero me pregunta:
a quién admiro.
Yo me planto en la plaza
con mi tacón de charol,
caigo de hinojos
frente a la mujer con vestido de mármol,

respondo:

Yo admiro a los próceres.

Los próceres de mi patria,
que tienen la nariz quebrada
y los ojos de concreto.

Yo quiero ser como ellos:
un busto sobre un pedestal.

Voy a cortarme las piernas y entregarlas
/a los parálíticos.

Yo soy la reina:
Y tengo los pezones erguidos.
Con mi ubre hinchada alimento a la nación.

VI

Las niñas se levantan la falda y paren.

Paren.

Paren niños delgados como ellas.

Apenas aprenden a caminar, los niños se caen.

Apenas hincan el diente en el pan, los dientes se caen.

El pan es muy duro,

los dientes son débiles,

los dientes son de leche, como dicen las abuelas.

Los niños nunca han tomado leche:

ni siquiera una gota

se desprendió del pezón magro de la madre.

El calcio solo viene de la leche y de los huesos,

/dicen las abuelas.

La leche está muy cara.

La leche está muy lejos.

Por lo tanto, los niños optan por los huesos.

Los niños comen los huesos,
mastican huesos,
van dejando un diente en cada hueso partido.
Pero el hueso tiene fuerza en la médula,
y la médula los va convirtiendo en unos niños

/enormes,

malogrados,
ojerosos.
Ojos turbios.

Y los niños van mordiendo lo que encuentran

/en el camino.

Muerden a los perros,
muerden a los gatos,
atrapan a las palomas,
les rompen las alitas,
y chupan cada hueso de la alita,
tiran las membranas.
Escupen los corazones de los pájaros.

Los niños van creciendo.

No son débiles como las madres.

Siguen encontrando en el camino a las vacas

/y los caballos,

encuentran los vehículos, rompen los cristales;

encuentran las casonas, rompen las rejas.

Y los niños,

con sus dientes astillados,

con sus dientes malcrecidos,

con sus dientes podridos,
van mordiendo lo que encuentran en el camino.

Y muerden,
sobre todo,
la mano que los alimenta.

Los niños muerden
incluso
la yugular de esa niña
que es su madre.

SALVE, LANDSMODER

I

Soy buena porque abro las piernas.

Yo crié las ovejas,
yo degollé las ovejas,
y zampé sus cabecitas blancas en estacas alrededor
/de mi casa.

La gente sabía que yo era buena
porque cerraba mis piernas únicamente el día
/que destazaba las ovejas.

Yo era tan buena:
la falda subida, las piernas abiertas,
que las gentes pensaban que las cabezas de las ovejas
/eran mis muñecas,
cosidas con mis manos,
pegadas con mi saliva,
bellos labios rojos
pintados con la sangre que brotaba de
/entre mis piernas.

Si cierro las piernas, ya no seré buena:
de mi sangre brotarán los hombres más infelices.
Y usted me dejará
con el hociquito listo,
la falda rasgada,
y mis ovejas perdidas

balando,
aullando

Lejos.

18 DE 27

Selección poética, de Elena Salamanca (El Salvador, 1982).

© Carátula, Revista Cultural Centroamericana #48 | JUN. - JUL. 2012

LA PRIMAVERA

Quiero tener un novio
presuntamente formal.

Vivir con él:
él en su cuarto, yo en el mío.

Habrá un espejo pequeño en mi cuarto
al que me asomaré de vez en vez:
En verdad fui la más guapa del reino, Blancanieves,
pero los espejos
son excusas para ser otros

-y quizá no haya sido yo-.

Lloraré un par de veces frente al espejo
sobre todo

cuando en la madrugada escuche que mi novio abre la puerta de la casa.

Regresa,
va a la cocina por cervezas,
ríe.

Camina hacia su cuarto
y una mujer ríe con él.

Sabré entonces
que hay años en que no llega la primavera
o quizá nunca llegó.

LOS ESPEJOS

En su casa hay un espejo igual al de mi casa. En su casa, hay una foto de un niño que es él: el niño se detiene en el espejo con la boca. Se besa.

En mi casa hay un espejo igual al de su casa. Mi madre guarda una fotografía en la que me doy besos en ese espejo: las piernas aún indecisas de soportar el cuerpo, con toda la debilidad vertical del primer año de vida, la cabeza apenas con cabello, la boca... La boca no existe, está sostenida en el espejo.

¿Me estás besando?

Yo me paro frente al espejo, tiro besos. Entro a mi espejo, salgo en el suyo. Conozco a su padre. Beso a su padre, concibo al niño que es él. Lo llevo en la lengua, regreso a su espejo, sin foto, sin niño, entro. Vuelvo a mi espejo. Me veo. Saco la lengua, la llevo al espejo. Lamo. Desde su espejo, el niño se detiene con la boca. Una boca es una boca hasta que ha sido besada. Él ha nacido. Lo acabo de nacer.

FOTOGRAFÍA ESCANEADA DE IRENE Y PABLO EN FACEBOOK

Ahí están ellos, alterados e inalterables. Tienen la belleza de los relojes detenidos. Una belleza un poco cítrica, casi amarilla, que come la imagen.

Yo no dejaré de verlos porque las manos de león que crecen atrás de ellos son del verde de las manos de león del patio de mi abuela; o quizá no sean manos de león, y yo ya esté delirando, porque el tiempo, porque las cosas.

Llevan diez años riendo de la misma manera desde esa escalera a la entrada de una casa de pueblo. Tienen el cabello hermoso y la sonrisa de la verdad.

Yo voy a verlos. Con algo de dolor y envidia. Y añoraré algo que no he tenido.

Yo voy a verlos. Hasta que el amarillo los coma definitivamente: primero, las hojas serán más verdes, de verdes más claros, casi amarillos; luego, los cabellos tan negros y hermosos, se teñirán de rubio, anémicos. Solo quedarán las bocas. Oxidadas.

Yo voy a verlos con algo de envidia: Nunca tendré una gran historia de amor: Mis fotografías son digitales.

EJERCICIO MIENTRAS SIRVEN LA CENA: NOVIA INCONCLUSA

Yo fui una novia inconclusa.

Me regalaron flores

que nunca olí.

Alguna abeja venenosa, adentro de la flor, podía picarme.

Y yo,

alérgica,

no quería morir de amor.

SOBRE EL MITO DE SANTA TECLA

Un hombre pedirá mi mano
y me la cortaré.
Nacerá otra
y volveré a cortarla.

El hombre pensará:
qué perfecta mujer, es un árbol de manos:
podrá ordeñar las cabras,
hacer queso,
cocer los garbanzos,
ir por agua al río,
tejer mis calzoncillos.

Pero yo seguiré cortando mis manos
cuando me diga:

Mujer, te he pedido,
y debes ordeñar las cabras.

Mujer, eres mía,
trae agua del río,
sírreme el queso,
ve al pueblo por vino.

Mis manos caerán como caen las flores
y se moverán por el campo,
necias:

No ordeñarán las cabras,
no irán por vino al pueblo,
jamás zurcirán sus calzoncillos
y nunca,
mucho menos,
acariciarán sus testículos.

El hombre dirá:
Qué mala mujer,
es una maldición de manos.

Irá por un hacha,
cortará mis brazos.
Nacerán nuevos.

Entonces pensará
que el inicio de la vida se encuentra en ombligo
y cortará mi cuerpo en dos.

Mis miles de manos cortadas
se volverán azules
y se moverán.
Secarán el trigo,

jugaran con el agua,
secarán el río,
arrancarán las raíces del pasto,
envenenarán a las cabras,
al queso.

Y el hombre pensará:
Qué maldición más grande:
prohibido debe estar pedir a una mujer que tiene voluntad.